

ñor don Andrés Lamas, que lo conserva en su magnífico archivo particular. Las pacientes investigaciones del señor Balverde y la retractación del acusador, dieron por tierra con esta patraña, que reaparece en los documentos oficiales después de la expulsión de los jesuitas, fundada en los antecedentes más pueriles ⁽¹⁾. — El padre Cárdenas residió en La Paz, litigando contra los jesuitas, hasta que para extirpar el escándalo, fué trasladado á la silla diocesana de Santa Cruz de la Sierra, y subrogado en el Paraguay por el padre Guillestegui, preconizado el 15 de Diciembre de 1666.

¿Percibís vosotros algún vuelo elevado y generoso en las mezquinas pasiones cuyo choque acabamos de recorrer? Seguramente que no, y en su presencia, que por esa razón desdeñó el doctor Funes, y que yo busco, como el retrato vivo del espíritu colonial, percibo, señores, fenómenos que someto á vuestra reflexión. La desafortunada combinación de los elementos sociales sometía el país á una anarquía de intereses, di-

(1) *Carta del teniente don Carlos J. de Añazco al gobernador Bucareli*, Diciembre 9 de 1769.—M. S.—Doc. del Archivo general de Buenos Aires.

Un entendido viajero, M. de Moussy, que ha recorrido en toda su extensión el territorio argentino, dice: «no pasa, pues, de una sospecha la riqueza mineral de la sierra de Misiones... «siendo su constitución geológica análoga á la de las cadenas que atraviesan el norte de la provincia brasilera de Rio Grande, y la de Santa Catalina, es muy probable, que encierra los mismos minerales, es decir hierro y carbón de piedra». *Description géographique et statistique de la Confederation Argentine*. Livre XI, Chap. II.

solvente y por demás peligrosa: los fueros del poder eclesiástico luchaban con los del poder civil, porque ambos se penetraban y se invadían, y si en épocas posteriores esas discordias se han acallado, no es porque su fuente esté extirpada, sino porque el genio de los tiempos ha introducido la templanza en los debates; y la indiferencia religiosa envuelve en el vacío las cuestiones eclesiásticas. Entre tanto que con las leyes de Indias y sus funestas herencias, no desaparezcan las trabas oficiales impuestas á la conciencia, entre tanto los poderes conserven el derecho de administrar las iglesias y de enseñar ex-cátedra en materias morales, estará perenne el manantial de anarquía que en el siglo XVII ensangrentaba el Paraguay.

Algo más encuentro en esta tempestad, para caracterizar el período histórico á que pertenece.

La popularidad indisputable del obispo Cárdenas se revela en su más alto esplendor, cuando el ambicioso prelado manifiesta á las claras sus hostiles propósitos contra los jesuitas.

Trescientos vecinos, cuyas firmas están al pie del acta de su elección para sustituir á Osorio, eran la inmensa mayoría, casi la totalidad de los feudatarios de la capital, y el nombramiento recayó en su persona por unanimidad de votos.

El pueblo que se encaraba con el poder real y sus representantes, nada podía temer de un viejo, que no contaba sino con su apoyo. Su elección fué, por consiguiente, espontánea, y comprueba

con plena evidencia que el espíritu de las encomiendas luchaba aún brazo á brazo con las tendencias pacíficas de la conquista espiritual, entablada por la voluntad soberana de los monarcas, y debida, en sus beneficios sin cuento, á la noble iniciativa del primer argentino que gobernó en su país.

Por manera, que el elemento conquistador perseveraba en sus principios destructores.—Observad también, señores, el coraje con que consumaba aquel pueblo los funestos caprichos de la opinión, y lamentaréis conmigo que nociones más elevadas de política no echaran en otros canales una corriente tan vigorosa de vitalidad.—Hablé antes de la inercia de la sociedad colonial: os hablo ahora de su espíritu turbulento: una tremenda acusación histórica, liga en buena lógica estos términos, que pudieran parecer contrarios. La ausencia de la industria, la falta de educación, el empobrecimiento de la conciencia social, reinante en la metrópoli y en sus emigraciones, conservaba inactivos y dormidos aquellos hombres, fogosos por el temple de su raza, y que llegaron al frenesí siempre que acertó á herírseles en la cuerda sensible.

Venían á enriquecerse con el trabajo usurpado del indio. Su dogma era la opulencia, y su bandera la expoliación.

La sociedad colonial, sorda para la verdad política se inflamaba al contacto de la libertad egoísta, de la libertad antisocial del privilegio. Cuando perdió esta esperanza y se abrió á su

ambición el rumbo del comercio, entonces su sueño fué letargo. La cuestión de Cárdenas fué una sangrienta pesadilla de la colonia, que soñó con las encomiendas, cuando la anarquía provocada por su obispo agitó con una convulsión nerviosa.

Entre tanto, señores, se desenvolvía un nuevo drama en las poblaciones sujetas al despojo y á la tiranía.—Rumores sediciosos comenzaron hacia 1658 á propagarse por Yuti y Caazapá, doctrinas de mitayos rebelados finalmente, bajo la dirección del cacique Yaguariguay en el año próximo, durante el gobierno cruel de don Alonso Sarmiento y Figueroa.

En prevención de este desastre, Sarmiento había levantado una fortaleza en Tapurá. Los rebeldes robustecidos con el valioso contingente de Arecayá, pueblo reducido poco antes, asediaron el fuerte, tras cuyo incendio los españoles refugiados en una capilla cercana, después de una heroica resistencia, lograron vencerlos. Las venganzas de Sarmiento fueron terribles.

Gracias á la cristiana intervención del padre Lucas Quesa, de la Compañía de Jesús, el cuchillo del verdugo segó sólo la cabeza de Yaguariguay, cuyo trágico fin debieron compartir sus hermanos de causa, si Sarmiento no hubiera sido contenido en su brutal propósito de exterminio.

Sin embargo, cuando el término de la guerra penosa de Arecayá y la muerte del jefe rebelde, le sometieron por completo las parcialidades sublevadas, el implacable Sarmiento las privó de

los consuelos de la patria, arrebatándolas del sitio de su nacimiento para dispersarlas por el territorio en mitas que con la libertad les arrancaban la esperanza de morir donde murieron sus padres.

Sarmiento fué sometido á juicio por Luna, oidor de la Audiencia de Buenos Aires, comisionado al efecto por el rey, pero en su proceso no se hizo justicia.

El gobierno noble y desinteresado de don Juan Diez de Andino, cicatrizó las heridas interiores de la provincia (1663-1671); mas en el de su sucesor don Felipe Rege Corbalán, se renovaron con el antiguo ardor los peligros externos, así en el levantamiento de los guaycurús (1671), como en la invasión de San Pablo (1675).

Los indios misionistas, cuya bravura engendrabá recelos en las autoridades, habían sido desarmados en 1666 ⁽¹⁾.

En presencia de los serios peligros que amenazaban nuevamente, fué preciso confiar otra vez las esperanzas de la provincia á aquel pueblo infatigable en la defensa de su territorio.

Años antes (1629), el gobernador Céspedes pretendió someterlos á la mita, de la cual los defendió la Audiencia de la Plata ⁽²⁾, pero su desarme no encontró resistencia.

Como quiera, su brío luchó contra la cobardía y las defecciones de los jefes paraguayos, y ven-

(1) M. S. Documentos del Archivo general de Buenos Aires.

(2) M. S. íd. íd.

cieron.—De vuelta á sus hogares les esperaba la visita de Farias, encargado de reagrar los tributos que les estaban impuestos desde el año 1649, ⁽¹⁾; pero Rege, humano en esta oportunidad, á pesar de que el doctor Funes afirma lo contrario, obtuvo de la Audiencia de Buenos Aires, que fuera conmutada la capitación de un peso anual, reglamentada por el virrey Salvatierra, en igual valor pagado en lienzo de algodón ⁽²⁾.

Mientras tan nobles ejemplos levantaban en la historia el nombre de los guaraníes, los españoles escandalizaban con sus mezquinas reyertas. Inflamada aun la provincia por la vergüenza, en presencia de la devastación que llevaban los paulistas, sin que fuerza alguna los contuviera, por las regiones del Guayrá, Corbalán fué depuesto y enviado á Charcas, ejerciendo entre tanto el ayuntamiento las supremas funciones del gobierno. Vencidas las tropas guaraníes y españolas del Cabildo, por la inepticia de su jefe, la defensa se reconcentró en la capital, después del saqueo de todos los pueblos de Guayrá, y recién, cuando absuelto Corbalán, volvió á su antiguo puesto, arrepentido y ansioso por restablecer su reputación, fué dado renovar en la provincia la quietud, recobrando las posesiones perdidas.

Hacia 1678 estaba á punto de estallar un nuevo

(1) Charlevoix.

(2) M. S. Documentos auténticos del Archivo general de Buenos Aires. *Testimonio otorgado por Corbalán, á pedido del padre Techo, rector del colegio de jesuitas de la Asunción.*

levantamiento de los guaycurús. La felonía española se adelantó á la suya, y el peligro fué ahogado con indignas artimañas, trayendo á los salvajes, so pretexto de la fiesta en que debía celebrarse el falso matrimonio de don Juan de Avalos con la hija de un cacique, y asesinandolos sin piedad y sin honra.

El carácter de estos movimientos es fácilmente perceptible.

El espíritu colonial, dormido para las aspiraciones generosas, batalla por el reinado de la violencia. La violencia produce sus frutos de anarquía en las tribus, que la soportan, en tanto que la República guaraní defiende arduamente la seguridad de la provincia en amor de la paz, de que disfruta. Los fenómenos reaccionarios comprueban con su sangrienta elocuencia el acierto de la vasta reforma de Hernando Arias. ¿Por qué no buscaba la monarquía un remedio á tanto desastre en la fuente, que inspiró el alma del noble magistrado, quiero decir, en el patriotismo de los gobernantes? Señalo, señores, el crimen capital de la corona de España, insistiendo en lo que he dicho en otra oportunidad. Rapaces procónsules batían el ala al soplo de la avaricia, y caían como el ave carnícora sobre las entrañas del Nuevo Mundo... Pero del seno herido de los pueblos, debía salir el presagio de la moral, severo como el del arúspice romano, infalible como la inspiración de lo bueno.—Si quedaran crímenes sin castigo, yo os pregunto, señores, ¿qué sería de la virtud?

II

Tucumán fué teatro de una larga y dolorosa tragedia. Su política en este período es menos complicada é igualmente sangrienta. Allí no penetró la reforma de Saavedra; de modo que los conquistadores obraron sin contrapeso en armonía con las rudas inspiraciones de su símbolo destructor.

El drama de la conquista del Tucumán horroriza, señores, porque allí la colonización siempre padeció fuerza, asentaba sobre la sangre, y no triunfó sino por el exterminio.

¿Para qué he de detallaros el cuadro repugnante de estos sesenta años de crímenes y perfidias?

Basta que señale su conjunto para concebir el temple histórico de la infeliz provincia. En 1627 la estólida crueldad de los aventureros, afrentó por una ostentación gratuita de tiranía, una diputación de calchaquís, que llevó la alarma y la cólera á las tolderías de sus hermanos. La flecha, símbolo de la guerra y de la alianza, pasaba enseguida de mano en mano entre los caciques del valle que acudieron á las armas con estupenda energía.

Londres fué evacuada por los españoles impotentes para vencer á los calchaquís que la asediaban.

Más felices en la Rioja, dispersaron las tropas sitiadoras, sin que las fuerzas del enemigo se debilitaran sensiblemente por estas victorias, cuyas

ruinas reagrababa la epidemia y el terremoto, que en 1632 hubo de arrasar la ciudad de Esteco.

Enviado Ulloa desde el Perú en auxilio de la provincia, repuso con coraje el nombre español en los caminos de la gloria militar, orgulloso blasón, que los bárbaros estaban á punto de arrebatarle, y que mancilló el gobernador don Luis Cabrera con bárbaras venganzas sobre los vencidos.

Hacia 1637 el gobernador Avendaño trató de sustituir los soldados con misioneros jesuitas, proyecto secundado ardientemente en 1642 por el obispo Maldonado, pero fracasaron en sus primeros ensayos ante la implacable indignación de los calchaquí, que proscribían en el mismo aborrecimiento al conquistador y á la fe cristiana, sólo porque venía del hogar de iniquidad en que se fraguaba su esclavitud.

Igual éxito cupo á la original propaganda del gobernador Negrete en 1650.

Los artificios y efectos escénicos que preparó para acreditar á los jesuitas ante la veneración de los salvajes, no podían dominar la antipatía agriada en un siglo entero de crueldad. Los disturbios internos sobrepasaron el escándalo con la administración deshonorosa de Nestarés, que gobernó la provincia enriqueciéndose merced á su concusiones y latrocinios, hasta el período subsiguiente de Mercado y Villacorta, de horrible recordación en los fastos de Tucumán.

Este orgulloso mandón tiranizó la provincia hasta el extremo de invertir la organización de los tribunales para refundir en su persona la su-

ma de los poderes coloniales, y en su gobierno, y á favor de su imprevisora vanidad, se desenvolvió la trama incomprensible del andaluz Pedro Bohorquez.

Traía este sujeto una tradición nada envidiable por sus antiguos crímenes cometidos en el Perú. Era hombre activo y sagaz. No parece sin embargo, que su inteligencia inculta se levantara á grande altura, tan descabellado fué el propósito que vino á poner por obra entre las tribus del Valle.

Se confirmó con el nombre de Gualpa Inca, para presentarse entre los salvajes como descendientes de la sangre real del Perú, herederos directos de los dominios de Atahualpa, y libertador y vengador del indígena americano, al cual pretendía restablecer en la independencia, que gozaron bajo el cetro de sus abuelos.

Ignoro, señores, qué prestigio podría adquirir sensatamente raciocinando, un hombre que venía á ofrecer á los indios libertarles de la conquista, en nombre de otro conquistador. No obstante, la brutalidad de la tiranía presente, y la analogía de raza con los humanos déspotas descendientes del sol, así como la imprevisión con que á veces el esclavo se entrega en manos de traidores, que le ofrecen libertad para subyugarlo en seguida, hacen, sino cuerdo, verosímil el entusiasmo de los bárbaros.—Lo que no acierto á explicarme es el propósito de Bohorquez. ¿Pretendía acaso establecer una monarquía, independiente de la de España? ¿Qué elementos podía haber á la mano para

satisfacerlo, ni qué esperanzas podían sonreírle? Sea como quiera, tuvo maña para prestigiarse en Calchaquí, y engañar á los españoles, á cuyos ojos se presentó como viajero feliz, que había descubierto en las cabeceras del Marañón el opulento reino del Gran Paytiti, que se proponía conquistar, después de someter á los calchaquíes engañándoles con su impostura.—Mercado tuvo la candidez de incurrir en este engaño, á pesar de las advertencias de hombres de buen sentido, que despreció, encerrándose en la convicción de su infalibilidad.—El mismo se hizo instrumento de las falsedades de Bohorquez reconociéndolo en la entrada triunfal que le preparó en Londres, como Inca heredero del imperio.

Poco después de estas operaciones preliminares, Bohorquez formó en Tafí una alianza entre todas las parcialidades del Valle (1657).—Menos imprudente el virrey, amonestó duramente á Mercado por su necedad. El tirano entonces se puso en guardia, y determinó hacer la guerra contra el supuesto Guallpa Inca, que amedrentado, desde luego, obedeció la voz del superior de los misioneros jesuitas, á quienes perseguía, y por su intermedio solicitó de Mercado un indulto que éste le negó, encendiéndose acto continuo la guerra, favorable al principio al impostor. Entonces fué él quien rechazó el salvo-conducto que se le ofrecía.

La suerte de las armas se le tornó adversa, no obstante, y una sangrienta victoria puso al gobernador en aptitud de repartir entre sus compañe-

ros los despojos de la libertad indígena, premiándolos con pingües encomiendas de mitayos.

La Audiencia de Charcas determinó cortar la crisis á todo trance, y envió á su oidor don Juan de Retuerta encargado de negociar el fin de la guerra, prescindiendo de Mercado.

Bohorquez se puso en sus manos bajo la fe del indulto, y fué remitido á Lima (1659). Las tribus exacerbadas, y según la tradición española, agitadas desde lejos por el impostor, no cesaron tan fácilmente en la lucha. Mercado acometió con éxito feliz una expedición de tremendas asperezas por las sierras y obligó á los tolimbones, después de un asedio, á capitular aliando sus fuerzas con las españolas, como lo hicieron Cortés en Méjico, Pizarro en el Perú y Oyolas en el Paraguay.

Sólo los quilmes, parcialidad indómita, en la cual parecía no haber flaqueza, fué proscripta de sus tierras. Desde 1660, en que Mercado gobernó en Buenos Aires hasta 1664, ocuparon sucesivamente la administración de Tucumán don Jerónimo Luis de Cabrera, y desde 1663, don Lucas Figueroa. La guerra continuó su curso intermitente, y las calamidades de la provincia aumentaron considerablemente con la irrupción de los mocovís del Chaco sobre Talavera en 1663, y una inundación de Santiago del Estero en el mismo año.—En el siguiente volvió al gobierno de Tucumán don Alonso Mercado, desacreditado y perseguido en Buenos Aires. Sus campañas en los cuatro años transcurridos hasta 1670, die-